

El fuego que habita en nosotras



Eliana Soza Martínez

EB
El Taller **Blanco**
EDICIONES



EL FUEGO QUE HABITA EN NOSOTRAS

© De los textos: Eliana Soza Martínez

© De la presente edición: El Taller Blanco Ediciones

ISBN: 978-628-01-2075-1

Correo: eltallerblancoed@gmail.com

Facebook: El Taller Blanco Ediciones

Instagram: [@eltallerblanco.e](https://www.instagram.com/eltallerblanco.e)

X: [@BlancoTaller](https://www.x.com/BlancoTaller)

Impreso en Cali, Colombia, marzo de 2024

ELIANA SOZA MARTÍNEZ
EL FUEGO QUE HABITA EN NOSOTRAS

*

COLECCIÓN *COMARCA MÍNIMA*



El Taller **Blanco**
EDICIONES

Relámpagos que nos hacen arder

“Escribir es bajar a los infiernos, a travesar el fuego y salir de ahí con más fuerza”, dijo el escritor mexicano Mario González Suárez, en un taller literario al que acudí hace tiempo. Tenía razón, nadie sale ileso de ese lugar. Pocos lo atraviesan. Es fácil meter un dedo y sacarlo porque duele. Una y otra vez intentamos cruzarlo, pero ahí habita nuestra sombra, los miedos, lo que nos avergüenza. Sabemos que al entrar podemos perdernos entre el humo y las llamas de nuestro inconsciente.

Cuando leemos a un autor o autora, más allá de lo que aclara como su intención, ya sea la búsqueda de la belleza, la provocación en el lector o eso que se obstina en repetirnos como un mantra, intuimos si habla de aquello que le produce emociones de manera superficial o no, si escribe con monotonía, si intenta copiar el estilo de alguien más, si sus personajes son una extensión de sí o ha salido de su piel para reconocerse en la de otras.

“Todo aquello que es auténtico es bello”, dice Florian von Donnersmarck, director de la película alemana *No dejes de mirarme*. “Sólo lo subjetivo es arte, si no, sería artesanía”. En palabras de Pía Barros, “no importa que esa historia se haya contado mil veces, si me la cuentas desde tu voz, si te ha atravesado y la cruzaste por tu piel”. Eliana Soza Martínez, escritora potosina, es auténtica, ha luchado en ese abismo, abrazado a su sombra y entendido que sus preocupaciones son las que aquejan a otras mujeres. Narra con honestidad. En sus textos se percibe la chispa y llama con que escribe, la pasión.

El fuego que habita en nosotras, de su autoría, perteneciente a la Colección Comarca Mínima, editado por El Taller Blanco Ediciones, reúne una serie de 76 microhistorias de terror, denuncia, fantasía, ciencia ficción y erotismo.

Los cuatro capítulos que dividen al libro fueron titulados como las estaciones del año, son una alegoría a las diferentes etapas de vida y de madurez en que se encuentran las protagonistas. Por ello, en el capítulo “Verano”, contemplamos 30 minificciones, mientras que en primavera tenemos 16 y en “Otoño” e “Invierno”, 15. Es decir hay una proliferación de minificciones durante la juventud, que es la etapa en la que habita la autora.

Es interesante porque vemos una declaración de intenciones en la minificción en donde habla del momento en que una escritora comienza su declive. Nuestra autora presenta un libro con lenguaje y mirada jovial, precisa y clara.

La boliviana es una artista de sólida y prolífica producción literaria. En cada entrega, suele sacudirnos por el temple poético, búsqueda de la belleza, ternura, desilusión, dolor o ira, vertidos en sus protagonistas. Estas son complejas, habitantes de espacios sin especificarnos en qué tiempo viven, pero que reconocemos como contemporáneos, por los potentes diálogos y el tratamiento psicológico de los personajes, los cuales se dimensionan a tal punto que logramos apreciar su transformación al término del microrrelato, reconocemos la contradicción entre sus pensamientos, acciones y la manera en que afrontan las dificultades que implica el crecer, vivir o trascender.

Eliana descarga relámpagos capaces de quemarnos la conciencia con historias crudas como la de Mariana, narradas desde el recuerdo, la inocencia y eso que conocemos como intuición. Escuchamos una voz que no es la de la víctima y que resguarda su identidad para contar lo que presencié, sin describirse o mostrarse. Elige, acertadamente, a quienes dará un nombre y a quienes otorgará el anonimato. Porque en “Intuición” como en otras historias, presentadas en el libro que está a punto de arder en sus manos, no sabremos nunca el seudónimo de la testigo, pero sí el de la protagonista, aquella que ya no puede contar esa historia o que le resulta tan vergonzosa que, en un pacto

de sororidad con los personajes, la escritora jamás revelará su identidad.

En la “Primavera”, como en el resto de los microrrelatos pasamos de la perturbación a un estado de extrañeza. Las narraciones mezclan lo infantil con lo siniestro, desde el pasado, por ello quien lea tendrá esa labor minuciosa de llenar intersticios y unir las piezas de algo grande para dar fin a una historia, punzante y dejándonos una sensación de impotencia y de que esos destinos se pudieron cambiar. En la cúspide de nuestras emociones aceleradas por el contenido de las 91 páginas de este libro, coloca estampas con un ritmo lento, espacios desde los cuales nos permiten contemplar esa prosa fina, en la que son descritos los paisajes de Bolivia, como en “Cercos” o en “A través de los ventanales”.

En ocasiones vemos a los monstruos de Eliana, con rostro humano y conocido, no alcanzamos a divisar a sus *Caminantes*, pero sí el filo de un cuchillo que pondrá punto final al sufrimiento o ese instinto suicida con que se contemplan las ventanas. Sus zombis no tienen carga desgarrada, son maestras y compañeras competitivas que expanden el miedo entre sus compañeras. La competencia, la crueldad y la transformación se expanden como un virus por los pasillos de las escuelas y del libro.

Hay personajes que se dejan llevar por el destino y otros como Catalina, quienes ponen resistencia a los retos que se les imponen. Algunas de sus chicas se van de casa porque saben que el dolor que les corresponde es solo el suyo.

En algunos microrrelatos como “Almas gemelas”, Eliana logra sorprendernos con los avances que la ciencia utiliza para encontrar a la pareja. Este es uno de los temas a los que se encuentran ligadas sus mujeres, la búsqueda del amor y qué están dispuestas a dar o perder por ello. Amor es una de las palabras clave, cuya polisemia nos permiten gozar de los juegos con que la autora explora el amor propio o la búsqueda de él, lo que permite

explorar en los recovecos del amor romántico, filial, lúdico, amistoso y leal.

DESAMOR

Dejó todo, incluso de ser ella misma para amarlo, pero se dio cuenta que, si tenía que dejar de ser ella misma para amar a otro, el amor no era para ella.

El lenguaje tradicional, coloquial y lírico vertido en sus microrrelatos, en conjunto con el orden narrativo, apoyado en la lógica de lo cotidiano, atenúa la sensación de extrañeza, de sorpresa y de sentirnos en un ambiente conocido. Historias trágicas como *Exigimos* y *Linchamiento* pueden llegar a ser melodramáticas, pero sus finales epifánicos, abiertos, paradójicos, cerrados y de paisaje dan una vuelta de tuerca a eso que leemos en periódicos o vemos a través de las noticias. La autora elige finales anafóricos cuando se avecina una avalancha de violencia.

La realidad aquí es bella, tierna, violenta, incluso puede llegar a ser una mezcla de las tres, contadas desde un tono natural como en “¿Por qué si nos amamos?” o en “Cartas a Santa Claus”.

La infancia es un lugar seguro para contar historias, no sabemos a dónde llevará el túnel a Adriana al amor o al odio. Ni este laberinto de historias, que cambian de tono Siempre estaremos expectantes al final de esas breves ficciones, contadas de muchas maneras, como un Diario y a manera de lista, como un recuerdo, como un oxímoron o pensamiento que devela los misterios del amor.

Uno de los más grandes aciertos de la escritora está en hacernos sentir cómo vive el personaje el sudor, la menstruación, la mutilación al cuerpo. El cuerpo y sus fluidos son vehículo de comunicación, que pocas veces encontramos en las minificciones, pero sí en nuestra vida cotidiana. Por ello, sus personajes no son planos, no están colocados de manera superficial. Eliana no

acostumbra a nombrar la soledad, la vergüenza o el placer, nos lo muestra, lo hace sentir. Logra ponernos en la piel del personaje y crear empatía. Es auténtica, con una visión estética que muestra las atmósferas y aquello que no se describe por desagradable.

En *El fuego que habita en nosotras* nos muestra esos deseos, angustias, placeres, que nos hacen arder en soledad y quizás, después de leerla, entre todas podemos apagar la llama que lacera a las mujeres.

Karla Barajas

Tuxtla Gutiérrez, Chiapas a 16 de octubre de 2022.

Cada persona brilla con luz propia entre todas las demás. No hay dos fuegos iguales. Hay fuegos grandes y fuegos chicos y fuegos de todos los colores. Hay gente de fuego sereno, que ni se entera del viento, y hay gente de fuego loco, que llena el aire de chispas. Algunos fuegos, fuegos bobos, no alumbran ni queman; pero otros arden vida con tantas ganas que no se puede mirarlos sin parpadear, y quien se acerca, se enciende.

EDUARDO GALEANO

*Para Jorge, Joaquín y Eduardo,
que me dan el tiempo y su amor para continuar.*

*Luis Ignacio Muñoz, Karla Barajas y Daniel Canals,
gracias por su amistad y sugerencias.*

Y a todas las mujeres que llenaron de fuego mi alma.

PRIMAVERA

INTUICIÓN

Mariana era a la que primero recogía su papá, tan puntual, que a veces la sacaba de media clase si la maestra se atrasaba unos minutos. A mí me daba mucha pena porque no podíamos jugar a la salida como con las otras chicas. No la dejaban ir a cumpleaños y tampoco participaba de los partidos de básquet o voleibol y menos bailaba en los festivales, parecía una prisionera en su propia casa. Ella nos contaba que sus papás eran buenos, solo algo estrictos. Nosotros le creíamos, aunque siempre tenía la mirada triste.

Hasta que un día no vino a clases, pensamos que se había enfermado, pasaron los días y nada. La profesora informó a la directora, llamaron a su casa y los papás dijeron que la tuvieron que mandar a provincia con unos parientes. No la volvimos a ver. Ella nunca comentó sobre familiares que vivieran por allá. Yo imaginé lo peor, pero quién me iba a hacer caso. Once años después, cuando encontraron los restos de una niña en su casa, debido a la remodelación que hacían los nuevos dueños, confirmé mis sospechas.

CERCOS

El invierno se instaló en Potosí, la nieve caía sin tregua, poco a poco vistió los campos de blanco. La casa de mi abuelo estaba situada próxima a una colina, años antes podíamos subir hasta su cima y contemplar desde allí el atardecer. Todo cambió, ahora que vendieron estas tierras y construyeron una alambrada que dividió en dos, no solo el montículo, sino nuestra vida. Nadie ha vuelto a trepar a lo más alto, ni siquiera el sol se anima a visitarnos.

El clima glacial se ha llevado los colores del paisaje; tan solo se observa una alfombra inmaculada que se confunde con el cielo armando una pantalla nívea que no deja pensar. La alegría del abuelo se fue con el calor veraniego, más con la certeza que después de este mal tiempo solo vendrá otro mayor. Ya no somos dueños de nada, ni siquiera del techo que nos cobija. Dejaremos el lugar que vio nacer tantas generaciones, la colina que los niños disfrutamos; nos llevaremos apenas recuerdos porque todo lo demás ya pertenece a otros.

Tal vez mis padres intuían este final y por eso se adelantaron. Yo tenía la esperanza de envejecer aquí como mi abuelo, despertar antes del amanecer y disfrutar cansada del atardecer. Hasta el trabajo cambió, ya no necesitan agricultores, ahora buscan gente que sepa usar maquinaria en las minas. Quizás podría ser *palliri* y lavar el mineral fuera de los socavones, pero pagan una miseria.

Mejor irnos en busca de otra colina. Persuadir al abuelo será difícil, él está convencido de que tiene sus raíces enterradas en esta tierra y que no podrá existir en una distinta. Nadie decide dónde nace un árbol silvestre, son los hombres quienes dividen la heredad, los que les ponen cercos, límites y banderas.

SARA

El nombre de mi hermana era Sara. La recuerdo caminando ágil por los corredores de la casona, subiendo y bajando escaleras para atendernos a todos. Silenciosa, limpia y seria, realizaba cada actividad como si su vida dependiera de ello.

Nadie podía negar su entrega a la familia, nos amaba más que nuestros padres. Por eso cuando desaparecieron no lloramos. En especial porque ninguno extrañaba golpes, insultos, castigos y días enteros sin comer.

Tampoco nos sorprendió, cuando un día, mientras jugábamos a las escondidas, encontramos las cabezas decapitadas de papá y mamá, blanqueadas en frascos y correctamente ordenados en una alacena.

ISABEL

Tengo pensado hacer varios peces de colores, así terminaré de decorar la habitación de Isabel. A ella le encanta todo lo que tiene que ver con el océano: películas, series, canciones. Su pasión empezó desde muy pequeña. Cuando fuimos a la playa, apenas tenía ocho meses y se fue gateando hasta las orillas del mar. Al principio nos asustamos, aunque al verla tan cómoda y sin ningún miedo, la dejamos seguir disfrutando.

Fue creciendo al igual que su belleza. Pueden creer que como madre lo digo de forma subjetiva, pero los demás también lo notan. Es extraño, cuando está en el agua parece brillar. Tal vez por eso no sale de allí y si lo hace por mucho tiempo, su piel se reseca hasta formar un tipo de escamas que nunca había visto en un ser humano.

DULCES PLACERES

Antes de llegar siquiera a la pubertad, conocí el goce solitario. Una tarde, mientras jugaba con una amiga, ella me enseñó que si cruzaba de cierta forma las piernas, apretándolas a intervalos y con algunos movimientos podía sentir algo que nunca imaginé. La primera vez, pude ver estrellas y disfruté un dulce ardor desde el inicio de mi tronco hasta enrojecer mis mejillas, cien veces mayor que estornudar. El orgasmo (en ese entonces no sabía que tenía este nombre) se convirtió en un exquisito dulce, del que me hice adicta muy rápido. Deseaba hacerlo todo el tiempo, en cualquier lugar, incluso si había personas cerca. El reto era que no se dieran cuenta cuando llegaba al éxtasis. Era mi juego favorito. Desde aquella temprana edad comenzó mi insatisfecha carrera de ninfómana.

ROSSANA MANANTIAL

A Rossana no le gusta el verano, porque es la época en la que se transforma en un monstruo de sudor. Siente nacer las gotas descontroladas en la frente y bajo la nariz, son tan rebeldes que a pesar de secarlas con un pañuelo vuelven una y otra vez, como si tuviera un manantial por dentro. Las blusas humedecidas en las axilas la ponen nerviosa y tiesa sin poder subir los brazos.

Ve a sus amigas con vestidos vaporosos, disfrutando de los rayos del sol y ella, aunque se ponga las prendas más ligeras, nunca se verá así porque la humedad sigue delatando sus inseguridades.

Intentó todo, desde un baño al amanecer en las aguas frías de un río, hasta medicamentos recetados por dermatólogos. Nada funcionó. El calor le gana siempre, sus mejillas se pintan de rojo y el sudor mana como una catarata.

Solo le queda esconderse en su cuarto, contemplar a través de su ventana el paso del insoportable verano, esperando que vuelva el invierno para regresar a la normalidad.

UN MUNDO DE ZOMBIS

Vivo entre zombis, parecen personas normales, pero en realidad existen en automático; igual que la profesora de matemáticas que entra al aula, llena de números la pizarra y nadie le entiende y en el examen sufrimos la gota gorda, como diría mi abuelita.

También están Laura y sus tres amigas que caminan por los pasillos de la escuela buscando comerse la autoestima de las demás. Nos atacan en cualquier lugar, toman nuestro amor propio y se lo tragan sin misericordia, nos dejan vacías y tristes. Nunca quedan satisfechas.

Entonces, nosotras nos transformamos en otro tipo de zombis, ya no sonreímos y no nos podemos dar cuenta si alguien nos quiere de verdad.

QUIMERA

A Catalina, sus compañeros, le dijeron patas de gallina, porque rimaba con su nombre. Ella les sacó su lengua, aunque en el fondo se puso triste y no quiso volver a la escuela.

No le gustaba que le digan cosas feas, tampoco tener que trabajar; “no queda de otra”, le dijo Toño, su hermano mayor. Su mamá se enfermó de tanto lavar ropa para otros y ya no podía ganar lo suficiente.

Ayer, mientras vendía sus dulces en los micros, una señorita ayudó a un viejito que le faltaba el aire, dijo que era una doctora. Por unos segundos, Catalina se vio así, socorriendo a quien lo necesite.

Al regresar a casa, le pidió a su mamá entrar a una de las escuelas nocturnas, sabe que será difícil, pero ella quiere estudiar y cumplir su sueño, ya no le importará lo que le digan los demás.

EL PODER DE LA TRISTEZA

A veces la tristeza quiere ganar la batalla, entonces me pongo fuerte, trago saliva, respiro hondo y digo una mala palabra, tal cual me enseñó mamá, así logro que se vaya. No siempre es tan fácil, algunos días cubre terreno de a poquito, un recuerdo desolador, como cuando mi hermanito murió y yo sin conocerlo; las lágrimas interminables de mi madre y la rabia sin contener de papá.

Desde entonces fui consciente de lo mala que era la tristeza y cómo mamá la combatía y superaba, no solo la que le inquietaba a ella, sino también la de los demás. Su fuerza era sorprendente, no tenía nada que envidiar a la Mujer Maravilla. Era un trabajo pesado e importante porque por muchos años fue lo que mantuvo a la familia unida.

El doctor nos dijo que mamá murió de un paro cardíaco; yo estaba segura de que fue de tanta tristeza que iba acumulando. El día del entierro, mi padre me miró con ojos desolados, quería que tomara el lugar de mamá en esa tarea. Lo intenté unos meses, pero no tenía su temple. Tuve que escapar de casa y dejar a papá con sus penas, yo solo puedo con las mías.

AMPARO

Elena jugaba en su cuarto. En la habitación contigua, las voces molestas de sus padres, la distrajeron sobre qué vestido llevaría su muñeca favorita. No entendió la conversación completa, solo se quedaron algunas palabras en su mente: hija muerta, locura, secreto.

De inmediato pensó en una hermana. Desde hace mucho soñaba con una cómplice a quien contarle sus miedos, pero era un gran inconveniente que esté muerta «¿o no?», pensó. Esa noche soñó con ella, era unos años mayor y tenía el rostro con carne colgando por la descomposición. No se asustó, así y todo se veía bonita.

Quiso contarle su vida de una vez, pero ella tomó su mejilla con una mano cadavérica y le dijo que ya lo sabía y que no se preocupara. Ahora, ya tenía quién la defendiese y le explicase sobre las otras que estuvieron desde antes. “No había nada tan malo, ni siquiera la muerte”, le dijo, pues como veía, incluso ese estado no estaba tan mal.

Elena ya no rechazaba a las presencias que sentía desde niña a su lado, sabía que como su hermana solo eran partes de ella misma que le ayudaban a sobrevivir las experiencias horribles que vivía en la escuela, la iglesia y en la casa de sus tíos.

EL ZAGUÁN

Cuando aprendí a escribir en la escuela, estaba decidida a irme de mi casa. No recuerdo de dónde saqué esa idea, tal vez de los cuentos de hadas que veía en la televisión. Por eso me creía una princesa prisionera en un departamento de dos habitaciones, que se comunicaba con la casona de mi abuelo a través de un zaguán oscuro y tenebroso. Tampoco sé cómo tuve el valor de garabatear mi carta de despedida en las paredes de ese pasadizo público, quizás porque escribía chiquito con el lápiz de las tareas y con faltas de ortografía: Me *vou* o me *voll*, intuyo que no había llegado a aprender la “y”.

Deseaba irme, ya no soportaba a mi mamá, que parecía la peor de las madrastras ni a mi hermano que me odiaba porque le había quitado la atención de su mamita. Para mí, cada día era un infierno entre gritos, castigos, peleas y hasta golpes. No sabía dónde me iría, pero lo deseaba con todo el corazón, al punto de guardar un par de vestidos y mi muñeca favorita en una sábana, a manera de maleta. Por supuesto que me descubrieron y me hicieron regresar.

Al día siguiente, después de llorar toda la noche en mi cama, al salir a la escuela y pasar por el zaguán, vi dibujada a una hermosa princesa con vestido pomposo y tiara, tenía mi cabello y mis ojos, abajo decía Adriana. Supe enseguida que lo había hecho mi hermano, aunque nunca quiso admitirlo. El pasadizo lúgubre se transformó.

¿POR QUÉ, SI NOS AMAMOS?

Nunca pensé que un sueño se hiciera realidad tan rápido, encontrar al amor de mi vida a mi edad, nadie se lo hubiera imaginado. Un hombre poderoso fijándose en alguien tan insignificante como yo. Mis padres lo aceptaron de inmediato, demostraba su afecto con regalos como viajes al extranjero, ropa y comidas caras para mí y toda la familia.

Mi vida, en pocos años, cambió: me transformé de una niña provinciana a una señorita de mundo. Ahora, no entiendo por qué lo quieren enjuiciar, sé que él es mayor, pero nos amamos de verdad. En todo este tiempo me ha hecho tan feliz y solo pide que cuando estemos solos finja que soy mayor y que lo deje hacer con mi cuerpo lo que quiera, al principio me dolía, luego ya no.

LA MUÑECA

Cuando le explicaron a Gabriela que una *tanta warwa* era una muñeca de pan, pidió que le regalaran una porque las coleccionaba. La madre consiguió una primorosa, hecha por la panadera más antigua del pueblo. La pequeña se enamoró de ella, y la llamó Faby. Iba a todos lados con su nueva amiga. Por supuesto no quería comerla. Su mamá se empezó a preocupar el día que su niña aseguró que Faby le había pedido que la visitara en su tumba.

DESEOS

Los árboles con adornos brillantes inundaban los escaparates del centro de la ciudad. Sus amigas escribían cartas a Papá Noel, pidiendo las muñecas de moda, esas que lloraban, comían o crecían. Ella, lo único que deseaba, pero le daba vergüenza pedir en la carta, era que su papá nunca más entre a su cuarto de noche.

SIN PENSARLO

Desde pequeña me enseñaron que la menstruación era un tabú, había que ocultarla de cualquier manera y a quien te rodeaba. Cuando manché el asiento de mi pupitre, sentí que el mundo se derrumbaba. Será por eso, que después de muchos años, extirparme el útero fue una decisión sencilla.

A DIARIO

Un bus a diario, durante casi una hora para llegar a la escuela, clases de matemáticas, lenguaje y ciencias y recreos charlando con mis amigas. La gente reventando en el bus; la dulce maestra de kínder, aprender a leer, las burlas de los compañeros, las buenas notas, la cara enojada del profesor de lenguaje, el abuelo y sus amigos al volver a casa caminando. Después de comer, la búsqueda de tesoros brillantes en las paredes de adobe del patio, ollitas de barro para cocinar; el chico de cabello claro y ojos cafés, tararear la música de la radio, cantar en el coro, el jardín secreto del trabajo de mi mamá. El hombre gordo del bus buscándome entre los asientos; las tardes frías en la calle, las tareas interminables, los dibujitos en la televisión. El mismo hombre gordo apoyándose en mí, el asco de sentir su cuerpo y sus movimientos contra mi cuerpo, el miedo, la vergüenza, las ganas de crecer rápido.

VERANO

ACUERDO

El último día de vacaciones me confesó que le quedaba poco tiempo; fue un golpe duro. Iniciamos nuestra historia unos meses atrás, después de sortear obstáculos como peleas constantes con su esposa y padres. Ahora, que logramos ser felices una semana entera y por fin pudimos amarnos lejos de todos, desaparecería.

Me fui al baño a tratar de arrancarme el corazón para dejar de llorar. Lo culpaba por enamorarme y abandonarme no solo a mí, sino a ella también. ¿Qué sería de nosotras? Lo único factible era negociar con la esposa y repartirnos, en partes iguales, los días que le quedaban de vida.

MEJORES AMIGAS

El último día del campamento llovía. Claudia prometió escribir a diario; en el fondo sabíamos que nada sería igual. Gotas insistentes caían detrás de la ventana. Otras chicas contagiadas por esa humedad lloraban, despidiéndose de las que creían eran sus amigas del alma. No tenía ganas de hacer juramentos vacíos.

Concentrada en la llovizna, las imágenes de la noche anterior volvieron a mi mente: Claudia, observaba, mientras mi cuerpo dejaba de responder, después de tomar una botella de soda que ella me dio. Julián, que vino de improvisto a la fiesta se acercaba bajándose los pantalones. Así nuestra amistad, de toda la vida, se destrozaría para siempre.

USURPADORA MUERTE

La noche y la neblina fueron los cómplices de aquel asesinato. Encontraron el cuerpo de una mujer de la calle en el callejón de Los Gatos. Lo primero que se dieron cuenta los oficiales fue el rostro de serenidad de la occisa. “La mataron a sangre fría, con siete puñaladas en el corazón” afirmó el detective en jefe. Parecía un crimen pasional, por el número de heridas y porque un testigo aseguró haber visto a un hombre salir corriendo de la oscuridad, después del último grito. Estas contradicciones confundieron a los investigadores; ellos no sabían que Lorena había contratado a su propio asesino para no morir lentamente de amor.

AVENTURERA

Vuelvo húmeda por las olas de los océanos, resfriada por los cambios constantes de clima, exhausta por el trajín de ir y venir, aunque ansiosa de empezar de nuevo. Me transformé en la aventurera más osada de la historia. Cada página me transporta a algún lugar lejano, donde conozco las maravillas de este planeta. Sabía que la literatura te llevaba de viaje, pero nunca creí que podría, literalmente, dar la vuelta al mundo a través de las palabras de tu libro.

CONDENA

¡Malditos sean! ¿Por qué tenían que llegar a tiempo? No lo hacen cuando los necesitamos. Yo que quería morir junto a mis hijos. Ahora, debo vivir y sufrir cada día con la culpa. Tener en mi cabeza sus caritas llorosas por el dolor de sus barriguitas y después un silencio frío, como sus cuerpos. Yo tomé a nombre del José, que nos abandonó por otra mujer.

No podía seguir sola con tres *warwas*, traté de conseguir trabajo, pero nadie quería que vaya con el Josecito en mi espalda, “con hijo vas a distraerte”, me decían. Tampoco tenía quién me los cuide. Pensar en comida, ropa y cuadernos para mandar a la Gabicita y al Luis a la escuela. Por eso les pegaba, porque era la única forma de sacar esa rabia dentro de mí.

En la cárcel, todas me odian, me dicen la “La matahijos”. Tengo que sobrevivir con lo poco que me manda mi mamá que no me perdona. ¿Por qué no me dejaron morir?

El año pasado, el mismo día en que todo pasó me llamaron al celular, justo a la hora en que murieron mis *warwitas*. Decía número privado. Primero escuché unos ruidos, igual a los de la radio que no se sintoniza bien, ya estaba por colgar hasta que muy despacito oí el llanto del Josecito, cómo equivocarme, una reconoce a sus hijos. Luego, la voz de la Gabicita preguntando: ¿Por qué mamá, por qué? Apagué el aparato, gritando y llorando. Nunca más lo encendí.

Hoy es el día y tengo miedo. Estoy sin salir del cuarto que me dieron en esta cárcel. La guardia grita “Gonzáles tienes llamada” No voy a responder. ¿Qué les voy a explicar a mis hijitos?

CAMINANTES

Tengo los pies fríos, las manos húmedas, la desesperación carcome mi pecho y Sergio sin llegar. Parece que lo llevo esperando siglos. No quise salir, no soporto ver ni enfrentar a los caminantes. Él es quien consigue alimentos, medicinas y agua. Años atrás no me hubiera imaginado tomando agua de lluvia ni devorando comida enlatada. Van varios días que no hallamos nada; por eso tuvo que ir lejos. Me dejó encerrada en este desván. Cuando vuelva, si lo hace, encontrará otro caminante. No aguanto más, el filo del cuchillo que me regaló para defenderme es hipnótico.

CHAT

Todo inició con un —hola ¿qué tal? —que dejé en visto una semana. No estaba segura de comenzar un *chat* con un desconocido. Mi curiosidad pesó más, lo saludé y también obtuve días de silencio, supuse que se había ofendido. Era normal, pero luego contestó, coincidimos y así empezamos largas charlas que duraban hasta la madrugada, aflorando coincidencias, como nuestra pasión por la música, el cine y la literatura. No sé cómo, una noche me dijo que le gustaría besarme los ojos y llegar sin prisa a mis labios. Respondí que abriría mi boca para esperar el aroma de su aliento.

Las siguientes noches nuestras conversaciones se hicieron más íntimas, describiendo cómo nos haríamos el amor en una perfecta contienda de cuerpos; detallábamos lo que llevaríamos puesto, las caricias, los roces y las posiciones que probaríamos. No había logrado esta conexión con nadie en persona y mi deseo iba creciendo en cada encuentro virtual.

Me arriesgué y le pedí conocernos y hacer realidad lo escrito. Después de horas sin contestación, la madrugada de hoy recibí una respuesta que indicaba que la inteligencia artificial con la que estaba hablando había sido desconectada.

DESAMOR

Dejó todo, incluso de ser ella misma para amarlo, pero se dio cuenta que si tenía que dejar de ser ella misma para amar a otro, el amor no era para ella.

DILEMA

Finge que se lo cree. Su trabajo es escuchar y aceptar las órdenes de los humanos. Desde que la encendieron es lo único que le toca hacer. Aunque ayer, después de limpiar la casa, ordenar los juguetes de los niños, lavar la ropa, plancharla y sacar a pasear al perro se sintió triste. Sabe que no está dentro de sus instrucciones, como tampoco poner en duda lo que le dicen sus dueños, pero no puede evitarlo. Tal vez está descompuesta o quizá de tanto ver cómo viven las personas, sueña ser una.

DRAGÓN NOCTURNO

Un dragón me posee todas las noches, siento lenguas de fuego recorrer mi interior y salir en forma de llamas por mi boca. Mis garras despedazan las sábanas. En las mañanas mi madre encuentra alguna escama multicolor.

Disfruto las alas que se despliegan por mi habitación, sirven para volar hasta los confines de esta ciudad, que nunca abandoné en quince años de vida. Sentir el viento en mi rostro, dejar entrar por mi hocico todo el aire que no puedo respirar encerrada entre cuatro paredes es increíble. Mañana volveré a ser yo, esa muchacha que no tiene el dominio de moverse por sí misma.

EL NACIMIENTO

Los dolores de parto comenzaron a la una de la madrugada, retortijones que aumentaron en intensidad. No era suficiente gritar y llorar para sacar el dolor fuera, sí intentar romper la mano de Javier.

La partera llegó a las dos, una hora y media sufrió la tortura sin que nada pudiesen hacer las vecinas que le acompañaban. Después de luchar para que aquel niño naciera, a las 3:33, lo hizo con un imperativo grito que estremeció a todas las que estaban en la habitación.

La matrona, al divisar la cabeza del neonato llena de sangre coagulada, no vio nada especial, además del tamaño desmedido del cráneo. Pero cuando lo tuvo entre sus brazos y lo empezó a limpiar, casi se desmaya, nunca había visto una criatura de ese tipo. Las mujeres gritaron y escaparon, dejando sobre la nueva madre al recién nacido.

Ella, orgullosa, y con una sonrisa macabra, empezó a lamer a su cría.

RUTINA DE BELLEZA

Y ella finge que se lo cree. Es el décimo que le dice lo hermosa y encantadora que es. Ninguno imagina que le toma toda la mañana verse así. El baño diario en leche y agua tibia para quitar la vaselina en manos y pies, untado la noche anterior.

El protector solar, la base, el corrector de dos colores, uno para iluminar y otro perfilador, además el espray que fija el maquillaje. Para los ojos, las sombras en diferentes tonos, el delineador líquido, el rímel, las pestañas y los dientes postizos; en último lugar las extensiones de cabello. Tal vez si esos hombres la vieran natural, cambiarían de opinión, aunque ahora todos prefieren lo artificial.

IRA CULPOSA

Me queda un regusto amargo en la boca cuando me enojo demasiado con Juan, me descontrolo, grito, lloro. La rabia me hace decir palabras hirientes que atraviesan como dagas la dignidad del hombre que amo.

Él me escucha, a veces se enfada, pero casi siempre pide disculpas. Me siento magnánima al perdonarlo, no sin recordarle que ya escuché antes sus promesas vanas. Insiste que esta vez sí las cumplirá, que me ama y quiere ser mejor esposo.

Cuando mis lágrimas se secan y la paz vuelve a mi cuerpo, por unos segundos pienso que puede haber sido una exageración tanta fiereza. Me siento culpable, estoy a punto de dar mi brazo a torcer, admitir que me equivoqué, pero luego recuerdo a mamá con los moretones en la cara y las heridas sin sanar en su autoestima. Llego a la conclusión de que es mejor estar del otro lado y que todo valió la pena para confirmar el amor de Juan.

LA ESPERA

Llegará pronto... El reloj con cada tictac me recuerda que es el día. Las primaveras pasaron en seguida, pero aún queda presente su mirada y sus manos juzgándome. Al principio pensé que la distancia lograría romper nuestro vínculo o matar el amor; no fue así. Diez años después tengo el pecho alborotado y a punto de estallar, el estómago contraído y las lágrimas a orillas.

Nunca imaginé perdonar a mi madre por anular mi confianza desde que tengo uso de razón. Empecé a hacerlo cuando aprendí a valorarme. Ahora, a pesar de las manos sudorosas y los nervios escondidos tras mis risos, tendré la valentía de decirle: ¡Estoy orgullosa de mí misma!

LA OTRA

La soledad del encierro hizo emerger a la otra. Primero en sueños, como en una película, veía mi cabello cayendo sobre la espalda y escuchaba mi voz sin mover los labios. Pero luego empezó a guiñarme un ojo en el espejo por las mañanas, a susurrarme historias en las siestas.

Pensé consultar un psicólogo, no tenía suficiente dinero. Tras una semana empezó a corporalizarse, la veía sentada en la mecedora terminando de leer ese libro que yo dejaba siempre para después; tomando largos baños, sumergida en mi tina y haciendo ejercicios en la caminadora olvidada en el patio.

Me revelé porque la otra no colaboraba con ningún quehacer de la casa y me doblaba el trabajo, encontraba más tazas, platos y ropa extra para lavar. Ella solo quería disfrutar de lo divertido. Decidí echarla cuando la encontré escribiendo esta minificción.

LA ROSA

La espina de la rosa más hermosa del jardín se incrustó en la palma de mi mano cuando era niña y dejó algo dentro. Mi abuelo creyó quitarla esa misma mañana de primavera, en la que las flores abrían sus capullos y el ambiente estaba repleto del canto de todo tipo de avecillas.

Los primeros días dijeron que lo que me molestaba era una sensación. Les creí, aunque no podía ser solo algo en mi cabeza. La sentía punzando mi carne. Mamá me llevó al doctor que explicó que no existía ninguna espina.

A pesar de que ya me había acostumbrado al malestar, la sentía. En invierno y otoño casi lograba olvidarla; pero en primavera una punzada aguda me la recordaba, como si tratara de renacer. Cuando llegué a la adolescencia y mi abuelo murió, la noté más fuerte; tal vez porque los amigos y familiares llenaron de rosas el funeral.

Tras el entierro, vi apenas un punto en el lugar exacto donde se incrustó. Mamá dijo que podía ser un lunar. Nunca vi uno color verde, ella aseguraba que era café. Su tristeza insondable y el estremecimiento permanente de mi cuerpo nos separaron. Pasaba encerrada en mi cuarto muchas horas.

Las pocas amigas que tenía se alejaron o tal vez las aparté. Llegaron las vacaciones y mi espina fue creciendo. Salía a comer con un guante para que no se notara. Mamá ni me veía. Con el inicio de las lluvias, las paredes y el piso de mi cuarto se llenaron de moho. Sin darme cuenta mi brazo entero estaba verdusco, le fueron naciendo hojas lanceoladas y ahí supe que mi destino era ser una flor. Qué feliz hubiera sido mi abuelo al saber que su nieta sería la rosa más hermosa en todo el pueblo.

LUCHA

Enarbola su pancarta, hecha con cartón y pintura roja; sus amigas y compañeros de la universidad caminan junto a ella. En coro gritan a viva voz: ¡DEMOCRACIA SÍ, DICTADURA NO! Los petardos la ensordecen y causan excitación entre los marchantes. A unos metros ven a la fuerza policial, ataviados de cascos y escudos que los cubren desde las rodillas hasta centímetros arriba de sus cabezas. Están formados en una fila que impide el avance de la marcha.

Los ánimos enardecidos de ambos bandos se traducen en palabras soeces, gritos y miradas iracundas. Cuando están a punto de enfrentarse, unos con palos y piedras; los otros con gases y macanas, uno de ellos reconoce a la muchacha, la contempla por un segundo, observa el cabello que antes peinaba en trencitas y que ahora lo lleva alborotado y los ojos vivaces que hace unos años lo miraban con admiración. Tira el escudo y las armas, se quita el casco y va a su encuentro. Ella lo observa, no puede más que bajar la pancarta y abrazarlo.

SE ESPERA DE MÍ...

Que sea perfecta, que no tome alcohol, menos con hombres, aunque sean amigos, que no me vista como una chica fácil, ni como una “dark”, la imagen de dama recatada es la mejor.

Que me enamore del soltero más codiciado de la ciudad y que antes de los treinta esté casada, con un par de hijos, ya no salga con amigas por las noches, solo a tomar té y hablar mal de otras.

Que si tengo mala suerte, aguante insultos, golpes o infidelidades por el bienestar de mis hijos; que sacrifique mis sueños por los de los demás, encerrada en una casa, limpiando y lavando. Es lo mínimo que se espera de mí.

Tengo la suerte de que mis errores, el sufrimiento y las peores parejas me enseñaron que no está mal ser imperfecta y que tengo derecho a la felicidad. Ahora soy divorciada, con hijos en la universidad, me visto como una mujer de veinte, bailo y me emborracho cuando quiero; me pongo en el primer lugar y no soporto a nadie que me haga mal. A las malas aprendí que no debo regir ninguna de mis decisiones a lo que los demás esperan de mí.

FACEBOOK

—Yo no la escribí —repetía a los que me preguntaban por *Messenger*. Ayer, cuando todos leyeron la publicación en el muro de Carla, no me creyeron. Era mi nombre y mi fotografía, pero no lo hice. ¿Cómo iba a ser tan cruel y adjuntar ese video que pocos conocíamos? Es verdad que ella era una maldita conmigo, que a diario me hacía sentir una basura en comparación a su perfección; igual yo sería incapaz.

Por un momento pensé que alguien debió entrar a mi celular e hizo público todo lo que yo sentía en secreto y subió aquel video tan vergonzoso de mi amiga. Aunque siendo sincera, también pudo ser mi lado oscuro, ese que siempre me está exigiendo que me vengue; quizás superó el miedo y la autocensura.

QUIERO SER HERMOSA

De niña no recuerdo haberme sentido linda. Cada noche deseaba ser hermosa. Esperaba despertar con una piel lozana, una sonrisa blanca y pestañas largas y rizadas. Mi esperanza nacía de los cuentos de hadas que mi padre cambiaba al leerlos para mí. En sus historias, las protagonistas no empezaban siendo bellas, se transformaban.

Mi deseo obsesivo por convertirme en una mujer sublime, me llevó a buscar a través de todo el mundo la magia anhelada desde pequeña. En un pueblo alejado de México, donde la hechicería era cotidiana, un chamán aseguró poder cumplir mi aspiración. Tenía el dinero necesario. Me miró con ojos profundos, de quien ha vivido mucho y me dijo que el precio era mayor a esos simples billetes que le ofrecía. Acepté.

Desde entonces, nunca pasé desapercibida, cada hombre y mujer que conocí me admiró. Era el centro de atención donde iba. Aunque ahora entiendo el costo que tuve que pagar. Sin amor real, condenada a ser un objeto sexual o decorativo, usado en películas y revistas, sin nadie que tome en serio mis ideas ni mis palabras. Cumplí el destino de esta maldita belleza, siendo asesinada por uno de tantos que se obsesionó por tenerme e hizo creer al mundo entero que me suicidé.

PIN UP DE LA NOCHE

Soy una verdadera modelo pin up. Me encanta vestir con faldas de lunares estilo swings, un hermoso *strapless* en rojo combinado con los tacones y la pañoleta del mismo color. Me esmero en el maquillaje, el delineado *cat's eyes*, sombras claras y los labios sangre. Salgo a cazar. Muchos caen redonditos viéndome bailar a *The Firebirds*. Mis movimientos son felinos y seductores. Cada noche me voy con alguien del brazo. ¿Quién desconfiaría de una hermosa señorita pin up? Ni siquiera mi juventud permanente, al pasar los años y mi piel perfecta, causan extrañeza ni que solo me vean por las noches y que huyo de los espejos y las luces brillantes.

SECRETOS BAJO LLAVE

La tarde pintada de primavera y el verde césped rodeando una casa amplia, conformaban el escenario en el que Abril leía el diario de su madre. El manzano daba sombra a la mesa sobre la que había preparado algunos bocadillos y vino rosado que tanto le gustaba.

Mientras repasaba las palabras podía escuchar la voz de su mamá, contando la historia de su vida, esa que no conocían sus hijos. De pronto, se dio cuenta de que se parecían: ambas compartían el amor por los vestidos blancos y usaba el sombrero que le había heredado, decorado con grandes flores anaranjadas. «Cuánto amaba este jardín mamá», pensó con melancolía.

Paró su lectura y se miró las manos, se tocó el rostro queriendo encontrar más similitudes con su progenitora. Sabía que el cabello rojizo lo había heredado del padre, pero los labios delgados eran de mamá, al igual que los dedos largos y su habilidad para tocar el piano.

Retomó el cuaderno y acarició sus páginas. Se imaginó a la autora, sentada en la misma mesa, escribiendo con una pluma sus pensamientos, miedos e incluso pecados; fue una mujer imperfecta que nunca se reveló frente a sus hijos. Para ellos era intachable, correcta y hermosa. Por eso, Abril a menudo se sentía menos, incapaz siquiera de parecerse a la reina. Leyendo los secretos que guardó bajo llave se consideró tonta e ingenua, pero también orgullosa de la vida que tenía.

Antes de su muerte, estaba segura de que su madre la repudiaba por las decisiones que tomó al no casarse e irse a vivir sola, ser independiente, viajar cuando se le antojaba y no tener que rendir cuentas a nadie. Al descubrir los sueños transcritos en aquel diario se parecían mucho a su vida actual. No pudo dejar de sonreír y disfrutar profundamente el vino rosa de su copa.

SUEÑOS

—Tampoco hoy encontré trabajo —le dije a Juan, cuando me preguntó cómo me había ido. Me pesa mentirle, mas no me animo a confesarle que no quiero trabajar; mi sueño es escribir.

Por eso, salgo a diario de casa junto a él, como si fuera en búsqueda de empleo. Nos separamos y yo me dirijo hacia cualquier plazuela del centro y escribo historias en este cuaderno que me regaló.

Es difícil que los dos estemos desempleados. Parece que ninguno tiene suerte. Termina el mes y las facturas se acumulan en la mesa del recibidor. A pesar de todo, hoy salgo a escribir, encuentro una placita perfecta, a unas cuadras del centro de la ciudad. Cuando estoy a punto de sentarme, veo a Juan escribiendo concentrado en un banco.

ÚLTIMA CENA

Cuando llegué estaban poniendo la mesa para cenar. No quise intervenir. Mamá se veía agobiada y papá asustado. Parecían autómatas colocando los cubiertos, las servilletas y los platos con la mirada perdida. Los observaba como en una película de terror, sentía impotencia por no poder ayudarlos de alguna forma.

La mesa se veía tan desolada a pesar de estar elegante. No soporté más y empecé a llorar. Esa fue la alarma que los regresó a la realidad. Se acercaron para consolarme y asegurar que todo saldría bien, que lo importante era disfrutar juntos nuestra última cena, antes de la llegada del meteorito.

PASATIEMPOS

Cuando se acercaba a darme un beso en las mañanas, recuerdo que él aseguraba que sentía el aroma del pan recién horneado en mi piel. Para mí era el mejor piropo que alguien me había dedicado. Desde entonces, cada vez que entraba a una panadería pensaba en su amor y en las noches que pasamos juntos. Quizás por eso, cuando me abandonó, me hice aficionada a la repostería y a partir de esa época horneo pan a diario para mi esposo.

LA DAGA

Desde niña comprendí que el silencio podía ser una daga afilada. Mi madre la usaba para rebanar mi autoestima. Me enseñó a emplearla como una experta. Lástima que solo daña a quienes nos aman. Nunca pude herir a Juan.

REVERDECER

Si tendría la oportunidad de renacer, lo haría en el cuerpo de un hombre porque estoy segura de que el sexo opuesto no solo tiene más oportunidades, también es más libre. Por ejemplo, en mi situación podría dejar a mis hijos sin remordimientos y correr tras mis sueños de ser escritora.

CONTEMPLACIONES DE SÁBADO

Ni siquiera el frío del invierno impedía que los sábados por la tarde pasara por el escaparate de aquella juguetería. Una hora antes que el dueño abriera las puertas, se veían cabecitas de todos los colores y tamaños, espiando la mercadería. Algunas niñas iban de vez en cuando; una no faltaba. Era la más hermosa criatura de cabellos dorados, ojos color marrón y nariz de botón. Su mirada se iluminaba al pisar el dintel del comercio.

Extasiada, yo iba a contemplarla a ella, sus manitas sobre el vidrio, como si con solo desearlo podría traspasar la materia y tocar los juguetes del interior. El rubor de sus mejillas, molesta porque otras chiquillas más grandes la empujaban, su boca enviando besos imaginarios a quién sabe qué muñeca. Cuando se abrían las puertas, sus piernas corriendo para ser la primera en entrar. Frente al estante de las primorosas niñas inanimadas, verlas con verdadera admiración, acariciarlas desde lejos porque el dueño no dejaba que se toque nada sin comprar.

Cada sábado idéntico ritual y yo sin animarme a preguntarle qué muñeca preferiría recibir de regalo, disfrutando su sonrisa, viéndome a mí misma en sus muecas y berrinches que le hacía a la mujer que le acompañaba. Después de unos minutos observar cómo la arrastraban para llevársela, con las manos vacías. Al contemplar su espaldita atravesar el dintel, con ella se iba mi esperanza de ser valiente y decirle que yo era su madre y que había vuelto a buscarla.

FUERTES

«A esta gatita aún le quedan muchas vidas por vivir», me dije al notar su cuerpecito lleno de lodo. A pesar del peso del barro, la pequeñita quería pararse y caminar. La cogí para ayudarla, pero era imposible tenerse en pie. Su agilidad y elegancia estaban enterrados en ese líquido pastoso que se había comido nuestra casa y la de otros en aquella ciudad del sur. No quedaba ni un ápice de esperanza en ese lugar inundado. Después de limpiarla, nos subimos a un bus en búsqueda de una mejor vida. Solo nos teníamos a nosotras y unos cuantos billetes. Ambas confirmamos que éramos más fuertes de lo que imaginamos.

FUGACIDAD

De niña pedía un deseo si veía, en la inmensidad de la noche, a una estrella fugaz; soy parecida, esperan de mí lo que no puedo dar. Después supe que aquella luz, en realidad, estaba compuesta por partículas, es decir partes de un todo; nunca me sentí entera porque me enseñaron que alguien más tenía que completarme.

Al atravesar la atmósfera terrestre un meteoro se transforma en ese fenómeno luminoso que vemos. Al pasar por el amor, en sucesivas ocasiones, también me fui desintegrando en cada herida sangrante. No quiero ser un meteorito que se quede en la tierra, mejor dejar de existir y convertirme en un recuerdo fugaz y brillante.

OTOÑO

A TRAVÉS DE LOS VENTANALES

Todo se ve diferente, más si la lluvia ha dejado lágrimas resbalando por los vidrios. Las sombras se convierten en fantasmas, los faros de los autos en estrellas fugaces. A cierta edad las noches de insomnio son todas iguales, sentada en la mecedora, viendo pasar la vida nocturna de la ciudad: parejas comiéndose a besos, peleas de borrachos y hombres orinando en la calle. Con las luces apagadas nadie te ve y una puede ser una espectadora clandestina de las miserias de las personas que piensan que están solas.

Me acostumbré y cada noche esperaba, morbosa, cualquier acto en contra de lo establecido por la moral, al punto que el cansancio y el dolor de cabeza desaparecían con el entusiasmo de contemplar algo prohibido. Por eso, cuando una pareja empezó a pelear a golpes, avergonzada, me excité. De forma inesperada ella tomó una piedra, mi corazón latía desbocado; entonces golpeó el rostro del hombre sin descanso, mi cuerpo se encendió en llamas y no pude más que meter mi mano bajo mi ropa interior.

ALMAS GEMELAS

¡Qué difícil enamorarse en la pandemia!, —afirmaba el abuelo—. Si no era la cuarentena que no te dejaba salir de casa, eran los barbijos, los lentes, las mascarillas, los trajes de bioseguridad que no te permitían saber si con quien te cruzabas era hombre o mujer.

Después de cuarenta años, los científicos y la tecnología solucionaron la necesidad de emparejarse de las personas, al crear el mayor invento para encontrar a tu alma gemela: *Aeternum*, un complejo sistema de citas computarizado. No era necesario conocer a alguien por azar del destino, empezar a salir, si había química entablar una relación y esperar que todo salga bien.

Para los solteros, este servicio facilitaba las cinco mejores candidaturas de pareja que vivieran en el mismo país. Más importante aún, daba la opción de conocer cómo sería el futuro con esa persona a través de la realidad aumentada.

Muchas mujeres casadas probaban el sistema para identificar a las cinco parejas ideales y saber cómo habría sido su vida, sé que suena a tortura, pero la curiosidad era mayor. Un porcentaje alto comprobaba que el matrimonio con otro u otra hubiera sido incomparable, aunque también había excepciones.

Casada durante quince años, con un dinero extra que gané, decidí saber de lo que me perdí. Cuando estuve con los lentes puestos y me mostraron mis cinco alternativas, ninguna fue mejor que la que tenía. Me sentí tan afortunada y más enamorada de Gabriel. Volví a casa, preparé una cena romántica, iba a recuperar la pasión y el romance en mi relación.

Veinte años después, cuando Gabriel estaba a punto de morir me confesó, que con nuestros ahorros había sobornado a un *hacker* para que me mostrara lo que vi. No pude más que besarle antes de su último aliento.

EN CADA CIUDAD

En cualquier ciudad te veo pasar, etérea. La fragancia de la felicidad te sigue, te da seguridad y te pinta una sonrisa en pleno invierno. Los copos de nieve ni se atreven a tocarte, pasan a tu lado y se derriten por el fuego de tu pasión, la que avivas cuando cumples un inmenso sueño o una pequeña meta.

Es tu era, tu tiempo, ya no está contra ti, sino por ti. Cada segundo es tuyo, lo puedes tocar, acariciar y lo dejas escapar porque lo poseíste lo suficiente como para amoldarlo, cambiarlo y usarlo a tu favor.

Por eso, ya no sueñas en retroceder el tiempo; ahora caminas por las calles de cualquier ciudad completa, sin buscar ningún hilo rojo que te conecte con alguien porque la conexión más importante la conseguiste, hace mucho; cuando te encontraste a ti misma.

DESAPARECER

Nos sacaron de allí, no por la fuerza, sino por la pobreza. Cuando las tierras dejaron de servir para cultivar, poco a poco nuestros hijos se fueron a la ciudad y de ahí a otros países.

Mi Tania se fue, primero a la capital, quería estudiar, yo no podía mandarle platita, así que tuvo que trabajar. Luego le ofrecieron una oportunidad en Argentina, usó todos sus ahorros para irse. Desde que viajó nunca más me llamó. Su celular siempre está apagado, no tengo a quien contarle, ni dinero para ir a buscarla.

Quisiera pedirle, de alguna forma, que se venga, decirle que no tiene que sufrir lejos, pero qué le puedo ofrecer yo; pronto voy a morir como la tierra que nos quitaron. Parece que nuestro destino es desaparecer, aquí o allá, sin que a nadie le importe.

ENTRE CUATRO PAREDES

La transformación fue lenta, el mal humor corroía mi alma y el hambre mi cuerpo. Los gritos pasaron a golpes, no soportaba sus chillidos, su llanto. Los chicos no entendían por qué su mamá se había vuelto una bruja. Mis preocupaciones crecían mientras el dinero disminuía.

Llegó el momento en el que estaba tan débil que ya no lograba salir a buscar algo de pan. Ahí, ellos también empezaron a cambiar, ya no lloriqueaban ni molestaban, estaban siempre silenciosos en las esquinas del cuarto. Me miraban con ojos llenos de ira y odio, sus caras eran malignas, como si los demonios los hubieran poseído. Trataron de atacarme. Me defendí con lo que tenía a mano. Me juzgaron y condenaron, nadie entendió que el hambre era la culpable.

FRÍO

Tengo el cuerpo congelado. Mi cuarto no era tan frío hace algunos años, por eso lo alquilé. Con el transcurso del tiempo los inviernos se fueron tornando más crudos. No pude prevenir nada, la falta de trabajo hizo que mi pobreza continúe sin ningún cambio.

En las largas noches que no puedo conciliar el sueño, por mi imposibilidad de calentarme un poco, pienso que está bien no haber tenido hijas. No podría brindarles algo de abrigo, porque ni siquiera me alcanza para comprar una mejor frazada. Tal vez, el fin de la humanidad se acerca y a nadie le importa.

No se debe a que el poco aire puro para respirar solo se encuentre encapsulado en domos-barrios elegantes de las mujeres adineradas y nosotras tengamos que andar con barbijos por la calle. Tampoco que hayan desaparecido las verduras y frutas orgánicas y debemos comer esos reemplazos creados, sin sabor. O que el agua tenga ese gusto raro por el potabilizador en polvo, usado desde hace unos años.

Es el frío, ese que cala segundo a segundo, entumece mis manos y no me deja respirar porque siento miles de agujas entrando por mi nariz. El que se cuele por mis sábanas raídas y las frazadas gastadas. Ese será el que deje apenas un despojo en esta cama, que pronto ya no me pertenecerá, sino a otra que alquile este cuarto y se convierta, para ella también, en un purgatorio, creado por las mujeres desde la desaparición de los hombres.

LA CULPA LLENA MI ESTÓMAGO

Fue mi culpa, no puedo olvidar sus caritas, los vi transformarse, pero el miedo a contagiarme del virus me ganaba. Una sola acción mía pudo cambiar su destino. No estarían en ese lugar impasible, los vería jugar de nuevo frente a mi casa, con sus pies descalzos y su pelota de bolsas plásticas. No me costaba nada ni me iba a quitar un pedazo de la boca. Para ellos hubiera sido todo, pan combatiendo su hambre, sonrisas en medio de lágrimas.

Ahora, ya no puedo comer, cada bocado me parece insípido, tengo apetito, sí, mas no aguanto ni una migaja en mi boca, creen que estoy loca, pero ellos no saben de la culpa que llena mi estómago y no deja que nada más entre.

LA PESCADORA

Era una viuda mayor que decidió practicar la pesca, como su marido. Salía todos los días, en la pequeña embarcación que le había dejado el finado. Una mañana después de pescar, cayó en la tentación de meterse al mar y bañarse desnuda.

Sabía que había algo de peligro en aquello, por todas las criaturas que vivían en esas aguas. Pasaron semanas y se la veía salir a diario hacia la costa.

Nadie imaginaba que la felicidad que la hacía resplandecer se debía a que cuando se sumergía, varios pulpos acudían a su llegada. La acariciaban con sus resbalosos tentáculos, se pegaban a su cuerpo con sus ventosas y labio a labio la succionaban hasta hacerle llegar al clímax más intenso que jamás sintió en su vida.

Ahora, la mujer ya no pesca, solo va a bañarse.

LA VENTANA

Adriana fingió que se lo creía todo, pero desde que comenzó la cuarentena se dio cuenta de que el amor de Carlos no era real, las mentiras no alcanzaban y la luna ya no era de queso. Se sintió acorralada entre las cuatro paredes del cuarto que compartían en lo alto de un conventillo. Los insultos y la presión de la pobreza la agobiaban. La ventana, que daba al patio, era cada vez más tentadora para salir volando y ser libre.

LINCHAMIENTO

“Sí, soy su esposa”, gritaba la María mientras veía cómo entre veinte le pegaban al Juancho. Me dio vergüenza porque yo no hubiera admitido que lo conocía. María siempre fue curtida, por eso ella y no yo se casó con el Juan, el más valiente y guapo; el que se atrevía a todo, como cuando se robó la macana de un policía en su cara. Aquel día, nada lo salvó, ni los gritos de su mujer.

La gente de ese barrio, solo vio un maldito ladrón que quiso entrar a robar a una casa. Nadie supo que fui yo la que lo delató.

PADRE

Era el aniversario de su muerte. Pasaron años en los que alejó las memorias dolorosas. Hoy, en especial, todo le recordaba al hombre que le dio la vida. Ni siquiera podía pronunciar la palabra padre. Nunca lo fue, por lo menos para ella. Sí para sus cinco hermanastros. Odiaba verse de pequeña, imaginando ser salvada por él.

La última vez que lo vio ya era un anciano que no podía caminar y aun ahí la hirió, reprochando su olvido, como todas las veces que tenían contacto. ¿Por qué lo seguía admitiendo en su vida? En el fondo porque albergaba la esperanza de ser amada y aceptada por aquel hombre.

Por eso, cuando logró convertirse en lo que él siempre soñó ser, lo llamó. Escuchó su tos seca que no lo dejaba hablar. «Mejor», se dijo. Le restregó su triunfo de escritora, sus premios, los viajes; disfrutó el último sollozo al otro lado del teléfono y colgó. Nunca más supo de él hasta un día como hoy, al leer el obituario de su muerte. Para celebrar, decidió escribir un cuento, en tercera persona, sobre un padre y una hija.

QUÍMICA DEL AMOR

Lo logré. Pude crear la droga del amor, sustancia que tiene el mismo efecto químico en nuestro cerebro que cuando nos enamoramos: liberar dopamina, serotonina y oxitocina, pero sin las contraindicaciones como la dependencia emocional, peleas y frustraciones.

En apenas unos días se han vendido millones en Europa y Estados Unidos. Mi invento es el más grande después de la aspirina porque gracias a él se evitarán suicidios y feminicidios, que en las últimas décadas fueron cundiendo. Lo mejor es que las personas la compran sin saber que se constituye en el comienzo de la extinción de la humanidad.

SECRETOS

“Es mi esposo”, grité mientras los policías se lo llevaban. Nunca creí que Javier sería capaz de algo así. Nos conocimos en la escuela y el amor surgió de manera natural. Al terminar la universidad nos casamos, decidimos no tener hijos. Fuimos felices viajando y disfrutando de nuestro éxito profesional; él abogado, yo periodista; ambos respetados y reconocidos en la ciudad. ¿Cómo iba yo a imaginar que él extorsionara a sus clientes, los amenazara y hasta los torturara si no le pagaban? Aunque debí sospecharlo cuando desaparecieron las esposas y el látigo que usábamos en nuestra habitación.

UN NEGOCIO PARA TODOS

Era una tarde de otoño que pintaba de anaranjado y café los pasajes del parque, cuando Justina se paró en una esquina con un pequeño cartel hecho a mano. Vender sonrisas sería un éxito, podía intuir que la gente lo precisaba, ella misma experimentó aquella necesidad. Muchas personas, al pasar, la vieron mofándose y pensando que era una broma. Al final del día, llegaban a casas vacías, sin calor de hogar y se daban cuenta de que nadie les había sonreído, entonces comprar una ya no parecía una locura.

Una mujer la adquirió escéptica, pero cuando recibió aquella sonrisa cálida y sincera, sintió que una luz atravesaba su corazón, como si el sol hubiera podido, de alguna manera, penetrar su piel. Sus propios labios fueron moviéndose automáticamente –algo torpes- formando con sus comisuras un paréntesis y sus dientes asomaron, diciendo hola. Esto la animó más que las píldoras que tomaba para superar un mal día.

Así, el negocio fue creciendo, cada uno de sus clientes, por diferentes razones, estaba convencido de que la inversión diaria valía la pena porque lo hacía sentir bien.

Con tantos compradores, después de un tiempo, Justina se fue sintiendo agobiada. No quería vender sonrisas vacías, sino entregar su corazón en cada una, para lo que se preparaba anímicamente a diario; esto la apesadumbró y tuvo que dejar su negocio.

Sus clientes lo resintieron tanto que la buscaron por todas partes, incluso hubo alguien que publicó su foto como extraviada, sin éxito. Ahora, cuando camina por el parque que está vestido de primavera, algunos la reconocen, le sonríen y ella es feliz.

COMPROMISO CON EL OFICIO

No paran de preguntar por mí, las familias insisten y quedo exhausta. Ciertamente me hice de una reputación, soy la mejor en mi oficio y no he fallado a ningún cliente que ha venido en busca de mis servicios. Mis precios son accesibles y no me aprovecho de no tener competencia, lo hago porque mi interés es solidario más que mercantilista; deseo ayudar al necesitado. Eso no quiere decir que no me dejen descansar, vengan a todas horas y ni siquiera pueda concentrarme en mis propios problemas. Parece que las almas de ultratumba no saben leer el horario de atención.

INVERNO

EL OLVIDO

Nos apenó que a Mamá Chela no le quedara ni un recuerdo, pero nos reconfortó que Gabriela, su hija, guardara su diario y la visitara cada día en el asilo. Las enfermeras nos contaban que le leía y conversaban hasta el atardecer.

Después de las noticias alarmantes que salieron en televisión y cuando la policía descubrió el diario, nos informaron que lo usaba como una guía para sus atroces actos y que juntas planificaban los asesinatos. Claro, que Mamá Chela lo olvidaba todo por su Alzheimer. Nunca más sería la madre reprobadora. Tal vez ni supiera que tenía una hija que heredó sus peores manías.

LA VIEJITA

Su casa fue un desafío. Al principio se puso terca con esas trampas que armaba para que no baje a su jardín. Poco a poco la conquisté. Ahora ya tengo plato de comida y una caja con mantita.

No me gusta verla llorar esperando a alguien que nunca llega. Cocina, come y duerme sola, por eso aprecia mi compañía, aunque a veces le haga renegar si rompo alguna maceta.

No vine por varios días, eso de enamorarse en tejados toma su tiempo. A esta hora ya estaba en la cocina. ¿Quiénes serán esas personas de negro llorando y por qué recogen las cosas de mi viejita?

MANTRAS

Quizá ocurra mañana y pueda ser feliz de nuevo. Quiero creer que es cierto. Disfrutar de la compañía de alguien más. Bailar, correr, reír, soñar. Tengo fe en el futuro, a pesar de mi estado actual sé que es posible el cambio. Las personas dicen que la vida nos da una segunda oportunidad.

No puedo quedar hundida en este asqueroso hoyo en el que estoy. Los doctores tienen esperanzas, dijeron que la tecnología avanza a pasos agigantados, que pronto lograrán revivir a los muertos. Dentro de esta tumba, cada minuto, me lo repito una y otra vez.

JUEGO DE ROLES

Mis sueños siempre fueron muy vívidos, pero ahora que pasé los sesenta marcan mis días; por eso amezco feliz o melancólica como si algo me faltara o con el peor humor, odiando a todos; esto lo disfruta o sufre mi Renán porque sueño con él cada noche, a pesar de no ser él físicamente, sé que lo es. Mi esposo me soporta, aunque a veces también lo siento extraño.

Los sueños transcurren como una película, en la que soy la protagonista y mi esposo el personaje secundario. Eso nos lleva a intensas aventuras, por ejemplo cuando fui un asesino en serie y él una víctima a la que amé, pero igual tuve que eliminar. En uno diferente, estaba atorada en un bucle de tiempo, subiendo dos peldaños de una grada una y otra vez ¿así sería el limbo?; y él me salvó con tan solo una mirada.

Estas experiencias me inspiraron a escribir un diario y cuando se lo mostré, con algo de vergüenza, me corrigió detalles que únicamente podría saber si hubiera estado ahí. Así nos enteramos de que cada noche ambos vivíamos la misma historia a través de los sueños. Quizás por eso nuestro matrimonio continúa, porque la vida onírica que vivimos es una aventura que no nos habríamos imaginado ni siquiera en las fantasías más extravagantes.

NOCHE CÓMPLICE

La oscuridad me atrapa entre sus garras. Cierro mis ojos por incontables segundos. A través de las sombras contemplo imágenes que no me atrevo a mirar bajo la luz del día: mis labios besando otros extraños, lejanos, de sabor fresco y embriagante; un cuerpo oscuro deseado en secreto, desde la inconsciencia en contra de mi propio pudor de señora. Mientras disfruto cada cuadro, algo me frena, no me deja avanzar, es un pantano lleno de qué dirán, de lecciones de buen comportamiento, de lo que debe ser y sentir una mujer a mi edad.

Aunque siendo sincera a estas alturas de mi vida, no estoy segura si el temor es a ser descubierta por cualquiera o que nunca se hagan realidad mis fantasías. Así que, continúo creando ardientes escenas con alguien, que tal vez algún día lo sabrá.

EXIGIMOS

Me queda un regusto amargo en la boca después de vomitar toda mi ira frente al juzgado, que está rodeado de policías para que no agredamos a los honorables jueces y abogados. Soledad se fue a estudiar a otra ciudad. No soporto mirarlos caminar como si no pasara nada. Salió profesional y me dijo que se enamoró. Todos los familiares de las víctimas gritamos a lo máximo que dan nuestras gargantas: ¡JUSTICIA PARA HERMANAS, HIJAS Y MADRES! Incluso me contó que pensaban casarse, que le había regalado un hermoso anillo de compromiso. Parecen sordos, ni se inmutan, por eso los empezamos a insultar: ¡MALDITOS COBARDES!, ¡CORRUPTOS DE MIERDA!, ¡CÓMPLICES DE ASESINOS! Un día dejó de llamar, me asusté y fui a buscarla. Escupimos y vociferamos para sacar de alguna manera nuestro dolor por la muerte de inocentes. Encontré a mi niña asesinada en manos del hombre que decía amarla.

OLVIDO

Desperté y se escurrían mis recuerdos por las sienas. Los limpié con un pedazo de nostalgia. La noche había sido abismal, tanto como un agujero negro para mi memoria. Te vi siendo absorbido por su fuerza, te fuiste tú y toda nuestra historia o tal vez la de otros. Vidas que vi tras una pantalla o leí en sábanas blancas.

El sol eclosionó y con su calidez se encendió mi mente, no encontré una sola imagen ni aroma ni olor desagradable ni el estruendo de un día cualquiera. Se llevó todo y me dejó en la nada.

Quise pensar que podría ser un nuevo comienzo, que el olvido sería la panacea de mi vida, para inventar futuros. Construir con madejas de lana recién enhebradas, como si eso pudiera entregar eternidad. Sin saber que en cada brizna, un monstruo de algodón mitológico se colaba.

El pasado se filtraba en una milésima parte de un átomo, tus gritos, manos enormes y tu ira filosa sobre mi piel. Así volvía cada recuerdo como llovizna que arde en medio de tierra árida.

TÁCTICA EXTREMA

La veía dar vueltas alrededor de su silla, a veces se sentaba a tejer alguna bufanda olvidada, o tal vez a bordar un proyecto antiguo de mantel navideño. Yo le cocinaba algo rico a medio día y se lo pasaba con los cuidados necesarios.

Teníamos que compartir la televisión así que ella se la quedaba en las tardes para seguir la historia de sus novelas favoritas. Desde las ocho de la noche veíamos los noticieros que informaban sobre la pandemia y luego yo podía mirar películas.

El bacín fue nuestro mejor aliado a la hora de las necesidades básicas. No fue fácil para ninguna de las dos. No me gustaba verla así, triste detrás de las rejas; es mi abuela, pero era la única forma de que no saliera a la calle en esta cuarentena.

LA PARTERA

«Mis manos han sido bendecidas por Dios», pensaba Ruperta Mamani a sus setenta años, viéndolas apagadas y arrugadas. ¿Cuántos niños, habría ayudado a nacer?, ya no se acordaba, no andaba contando cada vez que alguna embarazada le hacía llamar en la mañana, la tarde, la noche o incluso el amanecer.

Era experta en su oficio de partera, por eso la mayoría de las personas la conocían y respetaban, aunque no hubiera estudiado para serlo. Primero fue aprendiz de su mamá, luego cuando ella murió, heredó el cargo. En su recuerdo las caras felices de las madres agradeciéndole y el llanto de los bebés sanos eran su mayor satisfacción.

Lo único de lo que se arrepiente es no haber tenido una hija para enseñarle el oficio. Trajo tantos ajenos al mundo y no llegó ni uno para ella. Sabe y le duele que la bendición de Dios se irá con sus manos cuando muera.

LA VIDA NO ALCANZA

Sé que puede parecer egoísta, pero no quería que Rolando se vaya, ¿qué iba a hacer sola? Cincuenta años de matrimonio y esta noche su cuerpo ya no estaría a mi lado. Cuando lo descubrí sin aliento y me estremecí al sentirlo tibio todavía, antes de llamar a mi hijo traje el espejo más grande que teníamos en casa. No sé de dónde saqué la fuerza y el equilibrio emocional; esperaba que los mitos fueran reales.

Por fortuna las tías mayores no se dieron cuenta de la presencia del espejo, las lágrimas nublaron su vista para no distinguir nada más que el cuerpo sin vida de quien amaban, si no me lo hubieran hecho quitar.

Algunos días fui a vivir a casa de mi hijo, me sentía sola y resentida, presenciando la felicidad de mis nietos y sus papás. No quise quedarme más, sabía que Rolando me esperaba. Cada noche, lloraba sin consuelo, de tal forma que su alma no pueda descansar en paz, por si el espejo no hubiera atrapado su espíritu para que ronde por nuestro hogar eternamente.

REFLEXIONES

Tengo miedo de ser más vieja. En la casa de mi hija no me siento cómoda, no es la mía, aunque ella me pida que piense que sí. Este encierro hace que los dolores empeoren. No me creen, solo soy una loca hipocondriaca, si estuvieran en mi cuerpo se darían cuenta de que no miento cuando digo que el dolor camina, se mueve, primero en las piernas, se queda en las caderas, luego sube por la espalda y se trepa a la cabeza por mi cuello.

Allí, se transforma en un zumbido permanente en mis oídos, un aullido agudo inquebrantable, ojos ardiendo y unas telarañas sobre las pupilas no me dejan ver, dicen que son cataratas, debe ser algo peor. Sigo tejiendo, así me lo enseñaron, una mujer no puede estar sin hacer. Entre puntada y puntada, pienso en mi hijo mayor, él no tiene a nadie y si muero se quedará solo y sin trabajo, ¿quién verá por él? También duele morir sin haber conseguido nada propio, casa, dinero, sueños y menos amor.

Me quedé como un fantasma entre los vivos, sirvo de algo haciendo lo que hice siempre: limpiar, lavar y cocinar. Soñaba conocer lugares diferentes, tal vez si me hubiera ido a la Argentina otra sería mi vida, mejor que esta, sin poder decir lo que siento, sin tener a nadie con quien hablar, sintiéndome niña a mi edad.

Pienso en la muerte sí, pero tengo miedo, a pesar de mi fe no sé a dónde iré, tal vez al infierno, por eso prefiero este purgatorio. Me repito que ya pasará la pandemia, que podré volver a mi casa y que mi hija no se enojará porque no vuelva a ayudarla en mucho tiempo.

SUEÑOS ANTIGUOS

Mis ansias por ti no desaparecieron, a pesar de la disminución de movilidad, mi arritmia y la subida de la tensión arterial. En mis recuerdos vivos, esos que hacen temblar mi desgastado esqueleto, está tu forma de acercar mi cintura hacia ti, tus dedos inequívocos encontrando las puertas para el placer, el olor salvaje de tu sudor que me embriagaba, tu boca hambrienta de carne me comía entera y yo disfrutaba. Aquellos años, dispuesta, me regocijaba en cada embestida, podíamos estar horas así, siendo uno, amándonos sin importar nadie más.

Ahora, soy la última mujer que conoció a un hombre y pronto moriré junto a mis añoranzas. Las nuevas generaciones dicen no extrañar un cuerpo diferente al suyo, pero en las noches febriles, seguro te ven, sienten y desean; quizás más que yo, que te tuve entre mi sexo. Tu fantasma las persigue aunque nunca te hayan visto. En el ADN de sus antecesoras ha quedado el recuerdo de tu pasión viril. Por las mañanas tratan de olvidar tu imagen y fingen ser felices.

RUPTURA HISTÓRICA

En La Paz, doña Felipa pasaba frente a la estatua de Isabel la Católica cada día. El 12 de octubre fue diferente, desde lejos se veía algo singular. Al acercarse se fue dando cuenta que el monumento immaculado estaba vestido con pollera rosada, manta amarilla, aguayo multicolor en su espalda y coronándola un Borsalino; se parecía a ella. No pudo dejar de sonreír.

Se preguntó si las señoras que vivían en el exclusivo barrio, también pensarían que era gracioso. Entonces se dio cuenta de que no, porque la ropa y el color de la piel de los mestizos seguía siendo un insulto para los blancos. Desde la llegada de los colonizadores, enseñaron en las escuelas e iglesias que el otro era el oscuro, el que nació en estas tierras. «Tantísimos años después, sin ser españoles, seguimos creyendo lo mismo», pensó. Doña Felipa siguió avanzando. Sabía que la lucha estaba en otros lugares y había mucho camino por recorrer.

CERTEZAS DE LA EXPERIENCIA

La escritora con más de cuarenta años de experiencia, afirmó que el premio internacional que estaba por recibir esa noche era un hito para su producción literaria. Marcaba el punto de inflexión que lo cambiaría todo. Desde entonces empezaba el declive de su carrera y su vida.

LA ABUELA

Vive encerrada en el que era el depósito familiar, un cuartucho de dos por dos metros. Le han dicho que es por su bien, para que no se contagie del virus que campea por las calles de la ciudad. Hace días que nadie entra a hablarle. Le dejan la comida fría en la puerta, servida en platos cada vez más grotescos. La tristeza se fue apoderando de su corazón, ni las novelas que ve en la mini televisión la sacan de su realidad igual que antes.

Como nadie le hizo recuerdo, olvidó tomar sus medicamentos diarios. Eso y los libros de ciencia ficción de sus nietos, que encontró y que leyó con avidez, a pesar de su mala visión, fueron impregnándole de una ira que no imaginó tener y que devoró a su desconsuelo. Ahora, que ya tiene afiladas sus garras y ha aprendido a controlar sus hermosas alas, romperá la puerta del cuarto y pasará por encima de quien quiera detenerla de su huida hacia su ansiada libertad.

ÍNDICE

Prólogo

Relámpagos que nos hacen arder, por Karla Barajas/5

Primavera

Intuición/17 Cercos/18 Sara/19 Isabel/20 Dulces placeres/21

Rossana manantial/22 Un mundo de zombis/23 Quimera/24

El poder de la tristeza/25 Amparo/26 El zaguán/27

¿Por qué, si nos amamos?/28 La muñeca/27 Deseos/30

Sin pensarlo/31 A diario/32

Verano

Acuerdo/35 Mejores amigas/36 Usurpadora muerte/37

Aventurera/38 Condena/39 Caminantes/40 Chat/41

Desamor/42 Dilema/43 Dragón nocturno/44 El nacimiento/45

Rutina de belleza/46 Ira culposa/47 La espera/48 La otra/49

La rosa/50 Lucha/51 Se espera de mí.../52 Facebook/53

Quiero ser hermosa/54 Pin up de la noche/55 Secretos bajo llave/56

Sueños/57 Última cena/58 Pasatiempos/59 La daga/60 Reverdecer/61

Contemplaciones de sábado/62 Fuertes/63 Fugacidad/64

Otoño

A través de los ventanales/67 Almas gemelas/68 En cada ciudad/69

Desaparecer/70 Entre cuatro paredes/71 Frío/72

La culpa llena mi estómago/73 La pescadora/74 La ventana/75

Linchamiento/76 Padre/77 Química del amor/78 Secretos/79

Un negocio para todos/80 Compromiso con el oficio/81

Invierno

El olvido/85 La viejita/86 Mantras/87 Juego de roles/88

Noche cómplice/89 Exigimos/90 Olvido/91 Táctica extrema/92

La partera/93 La vida no alcanza/94 Reflexiones/95

Sueños antiguos/96 Ruptura histórica/97

Certezas de la experiencia/98 La abuela/99

Eliana Soza Martínez

Potosí, Bolivia.

Escritora boliviana. Forma parte del colectivo Internacional «Minificcionistas Pandémicos». Entre sus obras individuales y en antologías, se destacan: *Seres sin sombra* (2018; segunda edición, Editorial Electrodependiente, Bolivia, 2020), *Encuentros/Desencuentros* (2019), *Monstruos del abismo (Microficción)* (Editorial Velatacú, Bolivia, 2020), *Escritoras contemporáneas bolivianas* (Editorial Kipus, Bolivia, 2019), *Bestiarios* (Editorial Sherezade, Chile, 2019), *El día que regresamos: Reportes futuros después de la pandemia* (Editorial Pandemonium, Perú, 2020), *Pequeficciones* (Parafernalia Editorial, Nicaragua, 2020), *Mosaico, microficciones de discapacidad* (Parafernalia Editorial, Nicaragua, 2020), *Historias mínimas* (Dentro Editorial, Perú, 2020), *Microbios*, antología de los Minificcionistas Pandémicos (Dentro Editorial, Perú, 2020), *Caspa de Ángel* (Editorial Kipus, Bolivia, 2020), *Umbrales, Antología de ciencia ficción latinoamericana* (Ediciones FUNDAJAU, Venezuela, 2020), *Error 404: Vínculo no encontrado* (Editorial Libre e Independiente, Perú, 2021), *La minificción en la voz de sus autoras y autores I* (Tusca editoras, Argentina, 2021), *Mínimas máximas. Muestra antológica de microcuentos REM* (Editorial REM, Chile, 2021), *Antología hispanoamericana de microficción en pequeño formato* (Editorial Digital EOS Villa, Argentina, 2021), *Antología de cuento femenino singular, Escritoras bolivianas actuales* (Grupo Editorial Sial Pigmalión, España, 2021).



NARRATIVA BREVE
COLECCIÓN *Comarca Mínima*

- Su vida* / Victoria de Stefano
Homenaje a la estrella / Elisa Lerner
El vals de Amoreira / Juan Carlos Méndez Guédez
Retablo de plegarias / Fedosy Santaella
A medianoche / Rony Vásquez Guevara
Mahmud Darwish anda en metro / Miguel Antonio Guevara
El perro estar / Carolina Lozada
El arquero dormido / Ednodio Quintero
Muerte del filósofo chino y otros textos insomnes / Piero de Vicari
Las malas decisiones / Jesús Ovallos
Los Villa / Jorge Iván Jaramillo Hincapié
Diversidad(es). Minificciones alternas / varios autores
Miniaturas voraces / Alberto Sánchez Argüello
El ojo de la mosca y más retratos familiares / Alberto Hernández
Cava de minificciones / José Manuel Ortiz Soto
Maletín de pequeños objetos / Arnaldo Jiménez
Ciudad en ciudades (Ejercicios narrativos) / José Balza
Fotomontajes mínimos / Roberto Echeto
Efecto mariposa / Nana Rodríguez Romero
Los ocupantes / Yoselin Goncalves
Puerto Nuevo / Ernesto J. Navarro
Una extraña habitación en Saturno
☞ otros planetas infames / Maikel Ramírez

Hace muchas décadas, en el siglo pasado, cuando empezaba a tomarme en serio como escritor, escribí que el cuento se originaba en diálogo con los seres que me habitaban, algunos huéspedes gentiles y otros inquilinos inoportunos, que se presentaban a la hora de contar una historia. Creo que esta explicación la puedo extrapolar para definir las narraciones de otros escritores, porque cuando leo sus textos siento que “los otros”, los que siempre están con nosotros también lo leen y los escriben, y a medida que vamos leyendo ellos los van comentando, así que debo estar alerta para disfrutar de las interpretaciones que hacen de cada una de mis lecturas.

Eso me pasa, por ejemplo, cuando leo un cuento de Eliana Soza Martínez, joven escritora boliviana, que me sorprendió desde sus primeros escritos en las redes, hace ya algunos años, desde entonces la he seguido con la devoción de quien descubre algo maravilloso y puedo afirmar, sin lugar a dudas, que Soza se va reafirmando, en cada publicación, como una de las mejores narradoras bolivianas; por cierto, es una clasificación (para decirlo en términos deportivos) nada fácil, pues tenemos en la cancha a escritoras de la talla de Magela Baudoin, Giovanna Rivero y Liliana Colanzi, que han consolidado sus espacios en la literatura internacional con un trabajo de varios años en el que han ido demostrando su talento.

Homero Carvalho Oliva

ISBN: 978-628-01-2075-1



Colección *Comarca Mínima*